



Círculo Rojo

PEPITO

EL PIRATA IMAGINARIO

PEPITO

EL PIRATA IMAGINARIO

Antonia Avellano Pérez



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2019

Depósito legal: AL 731-2019

ISBN: 978-84-1317-827-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonia Avellano Pérez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustraciones de interior y cubierta: Virginia González Ilustración

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*A mi familia
y a los que confiaron en mí.
Entre ellos,
esa hada de pelo azul
que siempre estuvo a mi lado
y nunca dejó que me rindiera.*

PRÓLOGO

Pepito no es un niño especial, es como cada uno de vosotros. Quizá un poco soñador, pero eso está bien a veces.

¿A que vosotros también soñáis con vuestros deseos?

Además de ser un soñador, siempre creyó en las hadas y, en especial, en esas hadas buenas que se dice que suelen conceder deseos. Y es que todos los niños estáis acompañados por unas hadas maravillosas de pelo de color, que aunque a veces no podáis verlas, siempre están a vuestro lado y que si les pedís vuestros deseos con fuerza, seguro que algún día os los conceden.

El sueño de Pepito era ser pirata de un gran barco de vapor. ¿Lo consiguió? ¿Lo pediría con fuerza?

Yo lo sé, porque él se encargó de contarme su historia. Os animo a que la descubráis de mi mano.

LA AUTORA

CAPÍTULO I

Presentación a mis lectores

¡Hola, amiguitos! Me llamo José y, aunque todo el mundo me diga Pepito, ya soy mayor; el quince de octubre cumplí nueve años.

Tengo una hermana, se llama Alicia, siempre se está metiendo conmigo, y todo porque me gusta imaginar historias.

Mi madre dice que tengo la cabeza llena de pájaros, pero mi padre sí que me comprende.

Siempre que saco buenas notas o está contento me regala un libro, que es lo que más me gusta; el día de mis cumpleaños me regaló uno precioso que se llama *El país de las hadas*.

Voy al colegio que está a dos manzanas de mi casa. Mi profesora, al igual que mamá, dice que siempre estoy en las nubes, pero qué le voy a hacer si me gusta imaginar historias.

Cuando me pregunta doña Josefina, que así se llama, lo que quiero ser de mayor, le digo que pirata; ella entonces se enfada y a veces me castiga, porque piensa que me burlo y mis compañeros se ríen.

El otro día, dijo que me saliera al pasillo y allí me tuvo cerca de una hora. Luego, cuando salimos al recreo, mis compañeros me llamaron «Pirata imaginario» y me tiraron piedras, pero yo no les hago caso, y sentándome en el escalón me puse a inventar historias, que es lo que más me gusta.

Ya en casa, Alicia, que es una chivata, le cuenta a mamá que doña Josefina me ha regañado. Me echa una bronca que casi me hace llorar. Seguro que ha sido el gordo Ramón el que le ha ido con el cuento.

En la comida no digo nada y más hoy, que no está papá, que me apoya. Tenía uno de sus via-

jes de negocios para los que se pone tan guapo, con su camisa tan bien planchada y su corbata de cuadros, que es mi preferida.

Después de comer me voy a la habitación, me miro al espejo y veo que me han quedado unos bigotes de la comida; empiezo a pensar de nuevo y me imagino que soy el capitán de un gran barco de vapor. Intento asustar a la tripulación diciendo:

—Soy el pirata Pepito, a ver quién se atreve con este bigote.

En ese momento pasa Alicia y me dice:

—Hermanito, ya estás haciendo el tonto como de costumbre.

—Ya verás, ya, cuando sea pirata de verdad —le contesto—; te llevaré de rehén en mi barco y no te dejaré salir de la bodega.

Cogiendo un cojín de la cama, me lo tira a la cabeza y me dice:

—Ya veremos.

Y se ríe, que es lo que peor me sienta.

Menos mal que se ha ido pronto. Rufo está arañando la puerta. Rufo es mi gato; lo paso dentro



de la habitación y me echo con él en la cama. Nos revolvemos jugando.

—Tú también me comprendes, ¿eh? —le digo, y entonces me mira con sus ojos grises y maúlla.

—Cuando sea mayor —vuelvo a decir—, te llevaré en mi barco y vigilarás a los prisioneros.

Al rato, mamá me llama para hacer los deberes. Cojo a Rufo y lo siento a mi lado, por lo que mamá me regaña de nuevo; yo solo quiero que aprenda, tendrá que ser un gato listo si decido llevármelo en mi barco.

Mamá me hace sacar todos los cuadernos de la cartera, aunque hoy solo me toque matemáticas, y me dice:

—Vaya esqueleto que has pintado.

—Está guay —le digo yo.

—De guay, nada —dice mamá.

Y me hace borrar con la goma donde he puesto *rútula* —corrigiéndome—; según ella, se dice *rótula*.

Se pone negra cuando observa que, en el cuaderno de lengua, doña Josefina me ha tachado con bolígrafo rojo el dictado, y es que como iba tan deprisa no me ha dado tiempo a copiarlo en-

tero y, para colmo de males, lo poquito que hice está lleno de faltas.

—Mira —me dice señalando a Alicia—, me gustaría que fueras como ella, siempre estudiando.

Alicia mira entonces por encima de las gafas, echando una carcajada burlona.

«La llevaré en mi barco de prisionera, vaya que si la llevaré», pienso.

Mamá me dice que haga las tres cuentas de dividir que me ha puesto doña Josefina.

Por la tarde, Juan se viene a casa para jugar en el patio. Juan es mi amigo, aunque es un tipo raro; bueno, para la gente creo que yo también lo soy.

Le digo que podemos jugar a los piratas, pero él dice que prefiere a los indios.

—Bueno —le digo—, pero yo seré el jefe.

Entonces, veo en el suelo una pluma de mi canario, que está desplumando, y me la pongo en la cabeza.

—Soy el indio Pepito y tú, Juan, morir en mis manos —digo al tiempo que le rodeo con la manguera de regar los rosales.

Al rato llega mamá y dice que nos va a preparar la merienda, nos pregunta qué queremos comer y le digo que chocolate y pan; es lo que más me gusta, sobre todo si tiene almendras, porque crujen cuando me las como y me divierte.

CAPÍTULO II

¡Vaya nohecita!

Esta mañana me he despertado temprano, la verdad es que apenas he podido dormir esta noche pensando en que, a lo mejor, hoy, doña Josefina nos pone examen de matemáticas. No es que nos dijera nada, pero ya de debe estar al caer. Meteré la cabeza debajo de las sábanas y así sudaré mucho, podré fingir que tengo fiebre.

Papá pasa a la habitación y, echándome para atrás el edredón, me dice:

—Venga, perezoso, levántate, que ya es hora.

—Es que me encuentro mal —le digo fingiendo—; creo que tengo fiebre.

La verdad, no me gusta engañar a papá, porque es bueno conmigo, ni tampoco a mamá, aunque ella me regañe, pero es que las divisiones me traen frito y seguro que si pone examen doña Josefina, iré todo de divisiones.

Papá no se lo cree y cogiéndome del brazo me ayuda a levantarme.

—Ve al cuarto de baño —me dice— y aséate; te voy a ir preparando las tostadas y el zumo de naranja.

Las tostadas y el zumo de naranja son el desayuno que más me gusta, a veces lo acompaño con un gran tazón de cereales.

Cuando salgo del baño huele bien, mamá está barriendo la casa y papá se sienta a mi lado y dice.

—Hoy te voy a hacer compañía, voy a desayunar contigo.

—¡Chupi! —le digo yo, y después pongo la cara triste porque me acuerdo de que a lo mejor me ponen el examen de matemáticas.

Después de desayunar, papá saca el coche del garaje y me lleva al colegio.

Alicia ya va sola este año. Entra antes que yo, pues va al instituto.

Cuando llegamos a la puerta del colegio, le doy un beso a papá y bajo del coche. Un grupo de chicos de mi clase empieza a decir:

—Ya está aquí Pepito, el Pirata imaginario.

Me vuelvo hacia papá y veo que muestra una amplia sonrisa.

«Algún día seré pirata de verdad y los llevaré a todos en la bodega, prisioneros», vuelvo a imaginar. A mamá la llevaré en la cocina y le ordenaré que me cocine siempre macarrones; papá será el timonel y llevará el rumbo, pero siempre bajo mis órdenes, claro.

CAPÍTULO III

Examen de matemáticas

Tal y como pensaba, examen de matemáticas a la vista. Doña Josefina, después de rezar y hacernos rezar el padrenuestro, nos ha entregado los cuestionarios de exámenes; tengo mejor olfato que Rufo y cuando me lo imagino...

Bueno, no está mal, hay dos divisiones solamente y el resto son cuentas de sumar, restar y multiplicar.

Aunque me atasco un poco en las divisiones, logro resolverlas, pues son de las tablas del dos y del tres y esas me las sé de rechupete. Le entrego a doña Josefina el examen; soy el primero

que se lo doy y ella me lo entrega, diciéndome que lo repase.

Repaso una por una las cuentas y veo un fallo en una de las cuentas de multiplicar, borro con la goma el número erróneo y lo vuelvo a poner bien. Cuando me levanto a entregar el examen de nuevo, se levanta también Leticia. Leticia me gusta, es la más lista de la clase, aunque otros digan que es Almudena; además, es la más guapa.

Tiene los ojos grises como Rufo y el cabello dorado. Me gusta cuando lo lleva recogido en trenzas.

Salgo al pasillo para no molestar al resto de los niños que todavía están pensando. Leticia también sale.

Nos sentamos en un peldaño de la escalera y ella me pregunta si he visto la película de ciencia ficción que están echando en el cine. Yo le digo que no y que le pediré permiso a mis padres, a ver si me dejan ir.

Pronto sale el gordo Ramón y, dirigiéndose a Leticia, la invita a pasear. Leticia dice que prefie-

re quedarse conmigo y entonces él empieza insultarnos y a decirme eso de Pirata imaginario, que no me disgustaría tanto si me lo dijeran sin recochineo.

Algunos se han quedado haciendo el examen toda la mañana, justo hasta que comenzó a tocar la sirena. Después, nos vamos a casa a comer pues por la tarde, a las tres, tenemos que volver al colegio.

Estoy contento porque papá hoy está en casa y come con nosotros.

En la comida le digo que si me va a dejar ir al cine y Alicia se ríe diciendo que soy un mocoso para entender esas películas, que salen marcianos y todas esas cosas y que luego me pondré a pensar en ellas y me haré pis en la cama.

Le doy un puntapié en la espinilla. Mamá me regaña a mí y se enfada con papá, porque no me dice nada.

Papá me entiende, seguro que me dará seis euros para ir al cine, hoy es martes y vale la mitad de precio.

Después de comer me voy a mi habitación hasta que sea la hora de ir al colegio. Me llevo también a Rufo y oigo a mamá protestar, diciéndole a papá que no hago nada más que estar con el gato. «¿Y qué le voy a hacer —pienso— si Rufo me entiende mejor que ella?».

Me pongo un *compact disc* de mi grupo preferido y me tumbo en la cama.

Se me pasa rápido el tiempo. Pronto llega Alicia burlándose de mí y diciendo que tengo que ir al colegio de nuevo y que ella en el instituto no va por las tardes.

Voy al baño y me limpio los dientes, después cojo la cartera y le digo a papá que me lleve al colegio.

Esta tarde toca plástica, es lo que más me gusta, aunque mamá diga que me pongo perdida toda la ropa y que luego las manchas no salen.

Nos hemos juntado en grupos de cuatro o cinco niños para hacer un trabajo. Doña Josefina los va a presentar en un concurso y quien gane se llevará el premio. Yo me agrupo con Leticia y con Juan, nadie más se quiere venir con noso-

tros porque dicen que somos raros, pero doña Josefina dice que da igual. Estando Leticia en el equipo, seguro que somos los vencedores.

Cuando toca la sirena tenemos casi todo el trabajo terminado, estamos haciendo una ciudad de plastilina. Leticia hace los árboles, Juan se ha encargado de los semáforos y yo de los edificios y de los coches.

Aunque hoy no tenemos tarea, en casa siempre me mandan leer alguna hoja del libro de lectura. Después le pido a papá que me lleve al cine.

¡Yupiiii!, menos mal que papá ha querido; que se fastidie Alicia.

Nos despedimos de mamá y Alicia y nos dirigimos al cine. Está cerca de casa, por lo que decidimos ir andando.

Con eso de que hoy, martes, vale la mitad de precio, hay un montón de gente en la cola para sacar las entradas, tanta que llega casi hasta el kiosco de los periódicos.

Cuando nos toca el turno, papá pide dos entradas; la taquillera se sube las gafas que se le

han quedado en la punta de su respingona nariz, después nos da las entradas, entramos al cine y se las enseñamos al señor que hay en la puerta.

Ya dentro de la sala, nos sentamos en las butacas, papá sale un momento a comprarme palomitas y una Coca-Cola que le he pedido.

Las luces se apagan y después de unos anuncios publicitarios empieza la película.

—Bienvenidos, señor y señora Smith
—dice el piloto de la nave, John Silver.

El señor y la señora Smith son un matrimonio de científicos que quiere comprobar la existencia de vida en Marte; también quieren estudiar unas piedras de color rojo que hay en ese planeta y que pueden servir para hacer todo tipo de joyas.

Después de responder al saludo, el capitán, John Silver, les hace acomodarse en su nave y sentarse; él también lo hace y, poniéndose al frente de la nave, empieza el despegue.

10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1, 0. El cohete se abre camino por el espacio a gran velocidad; bor-

deando numerosas estrellas y algún que otro satélite llegan a Marte.

El planeta Marte brilla con un rojizo resplandor, sobre su cielo rojo ven sus dos satélites.

El doctor Smith mira al suelo con una gran lupa, al tiempo que recoge muestras de piedras que luego analizará en su laboratorio.

De pronto, sienten un gran estruendo y unas fuertes pisadas: es un grupo de marcianos gigantescos acompañados de un animal enorme, más incluso que los dinosaurios de la Prehistoria. El capitán John Silver les indica que se refugien en la nave.

El jefe de los marcianos, haciéndolos que se alineen, comienza a hablarles:

—Mis radares han captado la noticia de que vamos a ser invadidos por los mercurianos, tendremos que hacerles frente desde nuestras posiciones.

»Tú, teniente Marcín, te situarás en el montículo del Oso y desde allí dirigirás la estrategia; el resto seguiréis sus órdenes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, nuestro capitán —dijeron todos a coro.

El capitán John Silver y el matrimonio Smith siguieron todo muy calladitos desde una ventana de la nave.

Al rato, los marcianos se retiraron con idéntico estruendo que el de llegada.

—Era cierto —dice la señora Smith—, hay vida en este planeta.

—Sí —contesta el capitán John Silver—, pero en mi andadura por todos los planetas y galaxias nunca he visto seres semejantes.

Papá me preguntó si me gustaba la película y yo le dije que me encantaba. Eché mano al paquete de palomitas y vi que ya se estaban terminando.

Nos concentramos de nuevo en la película.

A la mañana siguiente, todos los marcianos estaban en sus puestos, dirigidos por el teniente Marcín, cuando los mercurianos empezaron a llegar. Primeramente, la batalla iba a favor de estos últimos.

Al doctor Smith le dio pena de los marcianos, ya que en los libros que había leído y en los que se hablaba de su supuesta existencia eran unos seres amables.

De pronto, descubrió que el reflejo de la lupa, de la que iban provistos, incidió en los ojos de un mercuriano, cegándolo, momento en el cual, un rayo láser procedente de una pistola marciana, lo derribó. Así, el capitán Smith pudo ayudar a los marcianos de la invasión.

El jefe de los marcianos, asombrado, investigó para ver de dónde procedía la ayuda, descubriendo al capitán John Silver y a los doctores, quienes se asustaron al principio.

—No temáis —dijo el jefe de los marcianos—, habéis demostrado vuestra valentía y habéis aniquilado a nuestros enemigos, los mercurianos; ahora, os queremos recompensar. Aquí tenéis al teniente Marcín —el cual se cuadró al escuchar su nombre—, que os ayudará en todo lo que queráis.

El teniente les ayudó en la recogida de piedras, junto con todo su ejército; también les

contó numerosas historias marcianas y los invitó a volver a ellos y a sus amigos.

La película estuvo formidable, a papá también le gustó. Cuando la gran pantalla puso FIN, la sala dejó sentir un gran ruido de palmas.

De vuelta a casa fui comentando la película con papá, al mismo tiempo que imaginé que yo era el doctor Smith, que tanto había ayudado a los marcianos.

Cuando llegamos, la cena estaba preparada sobre la mesa. Alicia me pidió que le contara la película, pero no lo hice. Después, me fui a la cama y me quedé profundamente dormido, ya que estaba cansado.

Esa noche soñé que era el doctor Smith que tanto había ayudado a los marcianos. Les prometí volver pronto, con un montón de experimentos para que los utilizaran en su lucha contra los mercurianos, y regalos para todos.

Me extrañé mucho al despertar de que una pequeña piedra estuviera en el bolsillo del pijama.



CAPÍTULO IV

Hoy, fiesta

Hoy miércoles no tengo colegio, porque es fiesta. Papá se ha levantado muy temprano y ha ido a por churros.

Los churros están buenísimos, o por lo menos, a mí me lo parece, y más si los acompañas de un buen tazón de chocolate caliente.

Es por eso por lo que mi padre, los días de fiesta y domingos, siempre madruga para ir a comprarlos a la churrería que hay cerca de casa, mientras mamá se queda preparando el chocolate.

Después, cuando hemos terminado el desayuno, me dice que me ponga el traje nuevo, el

de los domingos y festivos, para ir a misa en la iglesia que hay al lado de casa.

Alicia ya no viene con nosotros, prefiere ir con sus amigas.

A la salida de misa, nos damos un largo paseo por el parque; como papá y mamá hablan de sus cosas, yo me entretengo subiéndome por los bordillos. Mamá me regaña y dice que me voy a caer, pero, como comprenderéis, tengo cuidado.

Nos paramos en el kiosco y papá se compra el periódico. A mamá le compra una revista de decoración, pues dice que quiere cambiar mi dormitorio; y a mí, unos sobres de cromos.

Estoy coleccionando un álbum de barcos. Algún día, uno de ellos será de verdad y yo seré su capitán, su capitán pirata, por supuesto, y llevará una gran bandera negra y en ella pintada una calavera.

Cuando llegamos a casa, mamá se pone a preparar la comida; hoy va a hacer paella y no es que me guste mucho, pero me la tendré que comer para no disgustarla. Después, comeré pasteles como todos los días de fiesta.

Los pasteles me gustan mucho, sobre todo, los de chocolate, es por eso por lo que estoy un poco regordete, pero muchísimo menos que el gordo Ramón. A mí me da igual, no me daría si a Leticia le importara, pero la verdad, creo que no le importa demasiado.

Me gusta mucho esa Leticia, creo que cuando sea mayor me casaré con ella.

Por la tarde, después de comer, nos quedamos viendo una película que echan en la televisión, es la de *Robinson Crusoe* y casi me la sé de memoria a medida que la voy viendo, y no es porque la haya visto, no, es porque ya me he leído por lo menos veinte veces el libro. Le tengo mucho cariño a ese libro, por cierto, también me lo regaló papá.

CAPÍTULO V

Al fin, premio

Doña Josefina dice que le gusta mucho nuestro trabajo. No sé si lo dirá por cumplir, pero yo creo que está bonito, la verdad es que trabajamos con esmero. A ver si nos ganamos el premio.

Nadie se quiere venir a nuestro equipo porque dicen que somos raros, pero a mí me da igual; Leticia, Juan y yo somos los mejores del mundo mundial y vamos a ganar seguro. Con Leticia al frente, no tengo duda de que somos los vencedores.

El premio consiste en una medalla para cada uno y me parece que también una copa.

Leticia trabaja con cuidado los árboles. Bueno, yo también me esfuerzo haciendo los coches y los edificios; algunos los he hecho muy altos, tan altos que temo que se vengan abajo.

Hoy en casa tengo bastante tarea, algunos ejercicios de Conocimiento del medio y otros tantos de Lengua. También tenemos que estudiar lo que nos ha explicado doña Josefina en clase.

En el colegio no voy mal, pero por una cosa o por otra nunca saco sobresaliente y mira que lo intento para poner contento a papá.

Pronto llegará el fin de semana. Le he dicho a mi amigo Juan que no voy a ir con él a jugar a la PlayStation a su casa. Me voy a quedar a leer el libro de *El país de las hadas* que me regaló papá, que aún no lo he empezado. Tiene que estar precioso, además, es el único que me queda por leer de la gran colección que tengo en casa.

De momento, cuando termine la tarea, voy a pegar hasta que cenemos los cromos que me compró papá.

¡Ahhh!, se me olvidaba: al final, nos han dado el premio por el trabajo de plastilina. Juan y yo hemos chocado las manos como dos hombres.

Leticia y yo nos hemos dado un beso; yo me he puesto muy colorado, creo que ella también. Después, mi amigo Juan y Leticia se han dado otro beso. No me ha sentado muy bien que digamos, pero todo sea por el premio.

Papá se ha puesto muy contento cuando se lo dije. A mamá creo que le da igual o lo disimula muy bien; en cuanto a Alicia, qué queréis que os diga, se ha empezado a reír de nuestras medallas, diciendo que son de hojalata.

Juan quería que rifáramos la copa, pero yo he preferido que se la demos a Leticia por ser la única chica y a él no lo ha parecido mal.

Este sábado iré con mi madre al mercadillo. No es que me guste mucho ir de compras, pero me encanta subir en autobús.

Cuando voy en autobús, cedo el asiento a los mayores, tal y como me ha enseñado mamá, pero no me importa, porque voy de pie en la ventanilla de detrás viendo los coches que nos

siguen; a algunos les saludo con la mano y a veces me contestan.

Creo que mamá va a comprar tela para hacerme unas cortinas nuevas y una colcha, ya que se ha decidido a cambiar mi habitación.

Ya era de esperar, pues a Alicia se la habían cambiado hace dos años, cosa por la cual habíamos reñido varias veces.

Pero lo mejor es que pronto llegará el domingo y chan... Me sentaré todo el día a leer mi libro y me quitaré solamente para comer, claro, si me dejan.

No sé si podré leer todo en un día, porque es bastante gordo, pero lo intentaré, de veras que lo intentaré.

Oigo llorar a Alicia en la cocina, es una llorica, bueno, las chicas son unas lloricas y unas blandas, todas menos Leticia, ella sí que es diferente.

Resulta que se ha metido a cocinera y le ha saltado aceite en la mano, chilla más que un conejo.

—¿Qué te pasa, querida? —le digo con sorna cuando sale con dirección al baño, acompañada de mamá, y ella me dice:

—¡Cállate, idiota!

Mamá también me regaña, claro, está de parte de Alicia, y me dice que si yo estuviera trabajando en vez de en las nubes, me pasarían cosas como a Alicia, que si patatín, que si patatán..., y yo no la escucho, ya me sé el sermón de memoria. Qué ganas tengo de tener un barco y ser su capitán pirata.

Mamá cocinará y cocinará en mi gran barco, haciéndome grandes platos de macarrones que yo devoraré en un minuto y asará ricas sardinas para Rufo.

Alicia chillará de nuevo, como ahora, pero chillará porque irá atada en la bodega, además, nadie la oirá, solo ella escuchará sus lamentos, porque tendrá la boca amordazada.



CAPÍTULO VI

Al fin, domingo

¡Al fin, domingo! Ya le he dicho a mamá con tiempo que después de misa no quiero ir a pasear al parque, que prefiero quedarme leyendo. Papá ha dicho que ya soy mayor y la ha convencido, porque ella no quería.

Después de desayunar los churros con chocolate, nos dirigimos a misa; qué larga se me ha hecho esta vez.

Estuve todo el tiempo pensando en mi libro de *El país de las hadas*, por lo que al verme mamá distraído, me regañó varias veces.

Cuando salimos, le digo a papá que me deje las llaves de casa, aunque mamá le dice que no

debería, que soy un despistado y las puedo perder. Papá me las da y me dice que tenga cuidado.

Me voy corriendo en dirección a casa y abro la puerta con impaciencia, por poco si atino. Cruzo el pasillo, encaminándome a mi habitación y me subo a la cama para coger el libro que está en una repisa por encima de esta.

Lo abro con cuidado y empiezo a leer:

Hace muchos, muchos años, allá en lo más recóndito del planeta, existía un país muy pequeño, casi diminuto, en el que habitaban solo hadas. La mayoría eran hadas buenas, aunque había una que era malvada, qué digo malvada, malvadísima, que hacía realidad los perversos deseos de algunos niños malos.

Las hadas buenas, sin embargo, ofrecían dones y deseos maravillosos a los niños buenos que lo deseaban y estas se sentían felices por ello.

Estas últimas vivían en una gran casa de piedra y en una habitación gigantesca pre-

paraban sus pócimas. Estaba llena de libros que flotaban por todos lados, aunque uno gordísimo permaneciera en un atril.

También había un caldero inmenso que burbujeaba siempre en la lumbre.

El hada mala vivía en una casa casi en ruinas; allí preparaba con maña sus pócimas, diciendo algún conjuro, y sus brebajes. Tenía un cuervo espantoso, era negro y piquituerto, y una gran calavera con la que sujetaba unos cuantos libros en una estantería llena de polvo.

Las hadas buenas estaban tristes, porque hacía mucho tiempo que los niños se habían olvidado de pedirles deseos; sin embargo, el hada mala siempre tenía un montón de trabajo para satisfacer todos los deseos de los niños malos, con lo cual disfrutaba de lo lindo.

Paso a la siguiente página, el libro me está emocionando de veras.

En ella, veo un gran recuadro que pone: «Deseos para las hadas buenas» y otro que pone

«Deseos para el hada mala». Curiosamente, el recuadro de los deseos para las hadas que son buenas está casi vacío.

Me dirijo al escritorio, cojo un bolígrafo y escribo, un poco asustado: **ME GUSTARÍA SER CAPITÁN PIRATA.**

De repente, se levanta una gran corriente de aire; tanto aire hace que las ventanas de mi habitación se abran de golpe, volando todos los papeles que hay en el escritorio. Me dirijo a cerrarlas y sentándome de nuevo para continuar leyendo, no encuentro el libro. «¿Dónde lo habré puesto?», me pregunto. A mis manos llega, curiosamente, el álbum de cromos, abriéndose por la primera página como por arte de magia.

Los cromos comienzan a despegarse y a crecer, a crecer tanto, que sus barcos se hacen reales. Mi habitación, curiosamente, ha crecido también, tanto que es un gran barco.

Ahora navegamos por el jardín, que ya no es jardín, sino un inmenso mar. Navíos, buques, bergantines y barcos de guerra nos encontramos navegando en él.

Yo estoy en un camarote precioso y mi cama ahora es una litera confortable. Me miro al espejo y veo que voy ataviado de pirata. Llevo una levita rota, una camisa blanca con grandes puntillas y un sombrero del mismo color que la levita, con una gran pluma de marabú.

En mi mano derecha tengo un garfio de acero que reluce con los rayos del sol que penetra por la ventana de mi camarote.

Salgo a proa y un marino se cuadra ante mí, poniéndose a mis órdenes. Casualmente, me encuentro también a Rufo, que merodea de un lado a otro del barco.

Le ordeno al marino que baje inmediatamente a la cocina y que diga a la cocinera que haga una gran fuente de macarrones, ya que tanta novedad me ha despertado el hambre.

Miro al cielo y veo multitud de gaviotas que revolotean volando buscando restos de alimento al lado del barco. En el mástil ondea una gran bandera negra con una calavera.

Estoy alucinado, no sé si lo que me está pasando será un sueño o es real, pero es divertido.



De pronto, otro de los marinos se acerca hasta mí, cuadrándose y diciendo:

—Mi capitán, he escuchado que los rehenes de la bodega quieren amotinarse y tomar el mando del barco.

—¡Insensatos! —le digo—. Baja inmediatamente y tráeme al jefe de los rebeldes.

No tardó en volver con Alicia, que se ríe de mí en mis propias barbas —porque también tengo una prominente barba negra— y me dice que ella y su grupo se apoderarán del barco y será su capitana.

—¡Espósalala! —le digo al marino, que mirándolo bien me parece que es Juan—, y ponle una mordaza, que no soporto sus voces.

De regreso al camarote, compruebo que me han llevado la comida. Destapando la fuente veo que son deliciosos macarrones con una exquisita capa de queso fundido. Rufo está a mi lado esperando que le eche algo.

—No, Rufo, no, aquí no comerás sobras, ordenaré a la cocinera que te ase unas sardinas —le digo.

Después de comer me echo un rato la siesta; estoy a duermelas cuando escucho, de pronto:

—¡Capitán, capitán Pepito!, hay tiburones alrededor del barco.

—¡Pardiez! —digo bufando—. Echadles carnada de la bodega y dejadme reposar.

Vuelvo a cerrar los ojos; pronto percibo que alguien entra en mi habitación, de repente. Es Alicia y los rehenes, que han logrado liberarse de las cuerdas.

—Marino Juan, venga inmediatamente —digo a voces mientras tomo el tabuco de la mesita y los desafío diciendo que si dan un paso más, no lo cuentan.

Pronto llega Juan y los reduce, llevándoselos a la bodega. Alicia se resiste, por lo que Juan, que es un forzado pirata, la lleva a empujones.

—Te venceré —dice amenazante— y me convertiré en la capitana de este barco.

Pero yo ni la escucho.

Miro a través de la ventana de mi camarote y veo que se está levantando una gran tormenta.

Saliendo a cubierta, ordeno bajar velas y al timonel —que, por cierto, es mi padre y un experto navegante—, cambiar el rumbo.

—¡A la orden, capitán Pepito! —me dice.

Él me entiende maravillosamente, la verdad es que formamos un buen equipo de tripulantes, si no fuera por esos rehenes pelmazos que siempre están deliberando contra nosotros.

CAPÍTULO VII

Llegada a la isla

Al día siguiente, el mar se levantó casi en calma. Los rayos del sol se reflejaban en el azul de sus aguas creando un gran triángulo amarillo.

Hacía un poco de viento que favorecía nuestro viaje.

Estaba en mi camarote leyendo las cartas de navegación, cuando sentí:

—¡Tierra a la vista!, ¡tierra a la vista!

Era Juan, que subido en lo alto del mástil la divisó cuando miraba por el catalejo.

Ya en cubierta, le di unas cuantas instrucciones al timonel para atracar en tierra firme.

Cuando desembarcamos, vimos que se trataba de una isla, una isla maravillosa, llena de árboles con ricos frutos y abundantes pájaros exóticos.

A los rehenes los dejamos en la bodega al cargo de otro marino, porque preferí que Juan y mi padre me acompañaran en esta aventura.

Después de merodear un poco por el paraje, nos sentamos a descansar al pie de una gran palmera. Le ordené a Juan que cogiera unos cuantos cocos y nos refrescamos con su jugo.

Duró poco nuestra calma, ya que el sonido de gritos y cánticos nos hicieron saber que se acercaba una tribu de nativos.

En efecto, pronto estuvimos rodeados y el jefe de la tribu, un negro con grandes plumas en la cabeza y con el rostro y el cuerpo pintados de blanco, nos hacía señas al tiempo que decía algo parecido a:

—Zulú, zala, igo, ete, zula.

Me imaginé que nos había hecho sus prisioneros cuando nos condujo a su poblado.

No ofrecimos resistencia, ya que había por lo menos una docena de ellos y más de una centena en el poblado.

Pero mi cavilación falló esta vez, ya que el jefe me hizo un gesto amistoso de pasar a su choza.

Le seguí y me senté donde él me indicó con la mano. Me ofreció fumar en una pipa y yo acepté. Al poco tiempo, llamó a alguien con su voz característica.

Me sorprendí cuando vi llegar a Leticia.

«¡Carámbanos! —dije para mí—, Leticia es la hija del gran jefe».

Ella se arrodilló, mostrando un saludo.

Me di cuenta de que no se acordaba de mí, pero por suerte hablaba mi idioma; me dijo que su tribu agradecía nuestra llegada, ya que los piratas eran muy bien considerados en su tierra, y hacía ya muchos años que no atracaba ningún barco pirata en esa isla.

Después me ofreció un plato de deliciosas frutas que devoré en un instante, ya que tenía bastante hambre.

Estuvimos unos cuantos días en la isla. Yo solía pasear con Leticia por sus alrededores y de vez en cuando iba al barco para ver cómo se comportaban los rehenes.

A las horas de las comidas volvía al poblado, ya que las hacíamos en casa del jefe de la tribu, donde Leticia nos deleitaba con sus bailes.

Al final, llegó el día en que nos tuvimos que marchar. Nos despedimos de Leticia y de su padre, pero antes de llegar al barco, el jefe nos ofreció frutos y joyas y nos pidió, por favor, que no nos olvidáramos de ellos, al tiempo que nos invitaba a volver cuando quisiéramos.

De nuevo en el barco, ordené a mis marinos llevar anclas y desplegar las velas.

Comenzamos de nuevo el rumbo.

CAPÍTULO VIII

Salida de la isla

Era mediodía cuando zarpamos de la isla, rumbo al norte. El sol brillaba reluciente en el cielo. Esa mañana se había vestido de un amarillo intenso y se miraba en el mar, reflejándose en sus aguas, pero esta vez haciendo un bonito prisma.

Ya en el camarote, miré las cartas de navegación: el próximo destino sería la isla Tortuga.

Tumbándome en la litera. me quedé dormido.

Al despertar, subí a cubierta y le di instrucciones al timonel de seguir con el mismo rumbo.

Los rehenes permanecían callados en la bodega, pero tenía que estar atento, pues me temía que seguían con la intención de sublevarse.

El mar estaba en calma y nuestro barco navegaba con tranquilidad sobre sus aguas, por lo que decidí refugiarme en mi camarote de nuevo.

Varias horas de camino, cuando me hicieron saber que se acercaba un barco inglés por estribor. Subiendo a cubierta, miré por el catalejo y lo pude ver. No tardó mucho en empezar el bombardeo.

El barco inglés estaba atacando y teníamos que hacer algo.

Ordené al marino Juan y a otros marinos que prepararan los torpedos y cañones.

—Tres, dos, uno, fuego —dije al tiempo que los cañones tiraban potentes bombas.

Una de ellas cayó en la popa del barco enemigo, causándole algunos daños. Al poco tiempo, el barco y sus tripulantes estaban en el fondo del mar. Habíamos ganado la batalla.

Continuamos el rumbo, estaba anocheciendo cuando llevábamos hecha la mitad del camino hasta isla Tortuga.

La noche se presentaba tranquila y sin complicaciones, por lo que decidí retirarme a descansar a mi camarote. Pronto me quedé dormido.

Estaba en lo mejor de mis sueños, cuando oí gritos en cubierta. Subí rápidamente y vi a Alicia y al resto de los rehenes que luchaban contra mis marinos.

Me abrí paso entre ellos y sacando mi espada empecé a combatir con Alicia.

—Hermanito, no creas que vas a poder conmigo.

—¿Que no? —dije subiéndome encima de un barril.

—Claro que no —dijo ella intentando darme alcance con la espada.

Juan, por su parte, había vencido a varios rehenes que ahora estaban tumbados sobre la cubierta.

Yo no tardé demasiado en vencer a Alicia y llevarla personalmente a la bodega, donde la até y la amordacé de nuevo.

Después, baje a la cocina y ordené a la cocinera —que, como sabéis, era mi madre— que me hiciera una gran fuente de macarrones, pues la lucha me había despertado el apetito; también hice que asara sardinas para Rufo.

Ya con la barriga llena, me eché nuevamente sobre mi litera, quedándome dormido.

Cuando desperté por la mañana, divisé la isla a lo lejos. Estábamos llegando.

—¡Estamos en isla Tortuga, capitán Pepito!
—dijo Juan abriendo la puerta de mi habitación.

—Ya, ya lo sé, marino Juan; preparaos para atracar —dije.

Atracamos en la isla y bajé del barco en compañía de mi padre y Rufo.

El marino Juan se quedó esta vez al cuidado de los rehenes.

La isla estaba desierta, o a primera vista lo parecía.

En mis libros de lectura había leído que isla Tortuga era frecuentada por piratas que atracaban en ella con el fin de coger oro y riquezas, ya que en la isla abundaban los metales preciosos.

Me había llevado conmigo el mapa de los tesoros y, sentándome con mi padre en el suelo, vimos dónde podríamos encontrar oro.

Volvimos al barco a por herramientas para excavar y a por unos cuantos marinos que nos

ayudaran, después nos acercamos a la gran mina.

Estábamos excavando en la roca, cuando fuimos abordados por un grupo de nativos.

El jefe de la tribu sabía hablar nuestro idioma y parecía estar malhumorado.

Nos llevaron a su campamento y nos hicieron prisioneros, atándonos con cuerdas.

Pronto hicieron un ritual, bailando a nuestro alrededor y encendieron un gran fuego, donde supuestamente íbamos a ser quemados.

Estábamos perdidos, pero de pronto se me ocurrió una excelente idea.

Me dirigí al jefe de la tribu, diciéndole que si nos dejaban en libertad, le dejaría a un grupo de rehenes en la isla para que los ayudaran en las excavaciones y que en el lote iba una experta cocinera de macarrones.

—Macarrones deliciosos —dijo el jefe al tiempo que se relamía.

Parece que le gustó la idea, porque nos dejaron en libertad.



CAPÍTULO IX

De nuevo embarcamos

A sí, pudimos deshacernos del grupo de rehenes y recobramos nuestra libertad, al tiempo que el jefe nos obsequió con un gran arcón de monedas de oro. Lo peor fue quedarnos sin cocinera, pero ese problema lo dejaremos para más tarde.

De nuevo, volvimos a zarpar.

—Desplegad las velas —ordené a la tripulación.

Nuestro barco se abrió camino entre las aguas, nuevamente, rumbo al norte, pero ahora no tenía ningún destino previsto y lo dejé al azar.

De pronto, el mar empezó a levantarse con inmensas olas, se avecinaba una gran tormenta.

—Timonel, cambiaremos el rumbo, tres grados a estribor —dije—, hasta que la tormenta haya pasado. Achiquen el agua de cubierta —ordené a la tripulación.

Tres horas interminables hasta que el mar volvió a la calma. Entonces, ordené al timonel que se retirara a descansar y me hice cargo del timón.

El sol volvió a brillar con todo su esplendor.

Viré de nuevo rumbo al norte. El barco navegaba ahora sin esfuerzo por la inmensidad del océano.

No tardó mucho en relevarme el timonel, que, como sabéis, era mi padre. Entonces, me retiré a descansar a mi camarote. Empecé a sentir hambre y me acordé de la cocinera y de los macarrones, pero un pirata jamás se viene abajo por tal insignificancia.

Bajé a la bodega y vi que quedaban pocas provisiones, pero aún suficientes como para saciar mi apetito y el de la tripulación durante unos cuantos días.

Cuando estuve satisfecho me dirigí de nuevo al camarote y me recosté en mi litera.

—¡Capitán Pepito, capitán Pepito! —escuché del pronto—. Nos acechan tiburones. Justamente se han colocado cerca de la popa.

Subí a cubierta rápidamente y allí pude ver dos aletas de tiburón sobresaliendo del agua, que se dirigían velozmente hacia nuestro barco.

—Timonel, a toda máquina —dije.

Ordené al marino Juan bajar a la bodega a por carnada, pero subió con las manos vacías.

—Mi capitán, hay pocas provisiones y si las lanzamos al mar moriremos de hambre —dijo.

Los tiburones iban cada vez a mayor velocidad y casi estaban dando alcance al barco.

Yo me encontraba en la popa, cuando de pronto vi como uno de ellos surgió de entre las aguas enseñándome su blanca dentadura.

Cogí el arpón, pero ya lo tenía encima cuando...

—Pepito, vamos —dijo mamá.

—Pero ¿tú no estabas...?

—Sí, dando una vuelta por el parque con tu padre, pero ya estamos aquí. Anda, ve y lávate las manos, que vamos a comer.

Dirigiéndose a mi padre, le dijo que me había quedado dormido.

«O sea, que todo ha sido un sueño», pensé.

Me dirigí al baño a lavarme las manos y desde allí pregunté a mamá qué comíamos.

—Macarrones —me contestó—, ¡estarás contento!

—Macarrones deliciosos —dije echándome a reír.

—¿Qué te pasa, hermanito? —dijo Alicia entrando en el baño cuando me estaba lavando las manos.

—¡Anda, tú aquí! —le dije.

—¿Qué creías, hermanito, que te ibas a desprender de mí tan pronto?

«¿Por qué diría eso Alicia?», me pregunté.

El caso es que una fuente de macarrones me esperaba en la cocina y yo estaba muerto de hambre.

Allí, sentado, estaba ya papá esperando. Me miró sonriendo y me dijo:

—¿Te gusta el libro?

—¿Qué libro? —contesté un poco despistado.

—El que te regalé, que estabas leyendo.

—¡Ah, sí!, es muy bonito —dije.

—¿Vas a ir con Juan esta tarde a jugar con la PlayStation a su casa? —preguntó mamá.

—Creo que no, ya le dije el otro día que me iba a quedar leyendo.

—Hermanito —dijo Alicia—, tú te lo pierdes.

—¿El qué? —contesté enfadado.

—Nada —dijo riendo.

—¡Idiota!

Después de comer me eché una buena siesta. Cuando desperté, me puse de nuevo a leer el libro, que, por cierto, estaba abierto encima de la cama.

Curiosamente, ahí estaban los tiburones y uno con la boca abierta intentando abalanzarse sobre mí.

«Qué raro es esto —pensé—, yo creía que lo había soñado». Eché para detrás unas páginas y vi que toda mi historia se había grabado en el libro.

El capitán Pepito cogió el arpón y...

De nuevo, me vi delante de aquel gigantesco tiburón que me amenazaba con su gran dentadura. Le clavé el arpón justamente entre la línea que formaban sus dos miedosos ojos negros, hiriéndolo.

Un grito de dolor salió de su espantosa boca y, dejando un charco de sangre en el agua, se marchó. Su compañero también lo siguió.

—¡Bravo, capitán Pepito! —gritó el marino Juan, lo siguieron también el resto de los marineros.

Sabía que había hecho una poderosa hazaña y que mis compañeros me admiraban por ello.

Sentí el peso de estar recién comido en el estómago, aunque no me acordé de cuándo lo había hecho.

Ordené al timonel seguir rumbo al norte, mientras contemplaba el mar que ahora estaba en calma.

Recordé a Leticia y pensé que algún día volvería a verla a su isla. Era guapísima, su cabello dorado no parecía típico de los nativos de aque-



lla isla, ni tampoco sus ojos grises. Ella era diferente, por eso me gustaba.

Oí de pronto la voz de Alicia llamándome. Me pareció imposible, pero allí estaba, en mi habitación, dándome la lata y molestándome.

—¿Te has quedado embobado, Pepito? —dijo irónica.

—¡Déjame en paz! Y vete —dije lanzándole la almohada de mi cama.

—Ya me voy, hermanito, que sigas soñando.

«¡Estúpida!», pensé.

Volví a concentrarme en la lectura y pensé que era una suerte haberla dejado en la isla deshaciéndome de ella.

Pasaron unos cuantos días y aún no habíamos pisado de nuevo tierra firme. Las provisiones se iban terminando y nuestra situación era desesperada si no lográbamos atracar en ninguna isla.

Un día, cuando más desesperados estábamos, el marino Juan gritó:

—¡Tierra, tierra!

Atracamos en una isla. Curiosamente, era la primera isla que visitamos. Sin darnos cuenta,

habíamos bordeado el mar, volviendo al mismo lugar. «Quizá la tormenta nos desvió —pensé—, o tal vez no ordenara bien el rumbo al timonel», pero ahora eso da igual; estaba allí y podía ver de nuevo a Leticia.

Leticia y su padre, el gran jefe, se alegraron mucho de vernos de nuevo, por lo que prepararon un gran festín.

Encendieron una gran hoguera y nos hicieron sentar a su alrededor. Entonces, Leticia bailó para nosotros, luciendo una bonita melena suelta. Me sacó a bailar y...

—Pepito, ¿es que te vas a quedar toda la tarde leyendo? —dijo mamá, pasando a mi habitación.

—¿Qué hora es? —dije.

—Hora de cenar y de irte a la cama, ya sabes que mañana, lunes, tienes que ir al colegio.

A la mañana siguiente deseé más que nunca ver a Leticia; ya en el recreo jugué con ella y me pareció más guapa que nunca.

—Pepito, ¿qué te pasa? —me dijo.

—¿Por qué me preguntas eso? —le contesté.

—Porque me miras de una forma muy rara.

—Nada, no me pasa nada.

—¿De veras?

—De veras.

No tardó en llegar el gordo Ramón y otros cuantos metiendo la pata.

—¿Qué hay, pirata? —me dijo.

—Déjalo estar —se adelantó Leticia.

—Y, además, siempre está jugando con nenas —se adelantó otro del grupo.

Estaba hasta las narices de ellos, pero algún día me lo pagarían.

Cuando se fueron, Leticia me preguntó si había ido al cine.

—Sí —le dije—, además, me gustó un montón.

—¿Con quién fuiste?

—Con mi padre —le contesté.

—¿Y le gustó?

—Sí, dice que le gustó mucho y que están bien hechos los efectos especiales. La verdad es que merecía la pena. Ahora estoy leyendo un libro —dije.

—¿Cuál?

—Se llama *El país de las hadas* y está muy bien.

—¿Me lo dejarás cuando lo termines?

—Bueno, es que...

—¿No quieres?

—Sí, claro que sí, pero...

—Venga, Pepito, me lo dejarás, ¿verdad que sí?

—Bueno, aunque es un libro lleno de misterios.

—Es igual, a mí me encantan los misterios.

No sé qué me estaba pasando, pero la verdad es que el libro me atraía enormemente.

Por la noche, no pudiendo dormir, lo cogí de nuevo, abriéndolo por donde me había quedado.

Entonces, Leticia sacó a bailar a Pepito y...

Estuve bailando con Leticia, después nos sentamos alrededor del fuego y el gran jefe nos habló.

Leticia fue traduciendo todo lo que su padre decía.

—Estamos muy contentos de teneros de nuevo aquí, capitán Pepito, por eso tengo el gusto de nombraros gobernador de la isla.

—Estaría muy orgulloso de aceptar, gran jefe, ese cargo —dije— y me honra usted con ello, pero no puedo aceptarlo.

—Acéptalo, Pepito, hazlo por mí —dijo suplicante Leticia.

«Todo sea por Leticia», me dije.

Me pusieron una gran corona de hojas y un collar de flores de bonitos colores y el gran jefe me nombró entonces gobernador.

Mi estancia en la isla fue maravillosa; durante el día daba grandes paseos con Leticia por la orilla del mar. Por la noche, en la cabaña del gran jefe, Leticia me deleitaba con sus bailes. Todo, sin olvidar mis obligaciones.

Al fin, llegó el día en que nos hicimos a la mar. Ordené al timonel poner el rumbo de vuelta a casa.

El mar estaba tranquilo y nuestro barco se desplazaba surcando las aguas sin dificultad.

Ordené levantar velas y me dirigí al timonel para que pusiera el barco a toda máquina. Estaba cansado y tenía ganas de terminar el viaje.



Eran las ocho de la mañana cuando mamá me llamó para ir al colegio. Tenía sueño, apenas pude dormir esa noche.

—Venga, perezoso —me dijo—, levántate, que ya es hora.

Cualquiera le decía a mamá que toda la noche había estado leyendo.

Después de asearme, me dirigí a la cocina a tomarme el desayuno.

—¿Y papá? —pregunté.

—Ha tenido que salir de viaje, hoy irás al colegio andando —dijo mamá.

En el camino me encontré a Leticia, ya que vive cerca de casa, y me preguntó si iba a dejarle el libro.

—Bueno —le volví a contestar—, pero es que todavía no lo he terminado.

Cuando llegamos al colegio, nos pusimos en la fila. Dejé a Leticia delante de mí, porque ante todo me gusta ser cortés y más con ella. Pronto, doña Josefina tocó el silbato y nos hizo entrar.

Nos dijo que hoy nuestro compañero Ramón no podía asistir a clase; la llamó su madre a su casa diciendo que había sufrido una indigestión y que tenía fiebre.

«La verdad es que se lo tenía merecido —pensé—; además de ser un zampabollos es un pesado y no me deja en paz».

Ese día, doña Josefina nos enseñó a interpretar los números romanos, la verdad es que me gustó.

Me imaginé que vivía en la época de los romanos y que Leticia era una guapa romana.

Yo era el hijo del César y vivía en un gran palacio rodeado de sirvientes.

Mi padre ordenó hacer una pelea de gladiadores y, ya en el circo, los vi, luchando con sus espadas. También vi a los fieros leones que...

—Pepito, te has quedado embobado —dijo doña Josefina.

—No, yo...

—Ahora le vas a explicar a tus compañeros cómo se escribe el número treinta.

Salí a la pizarra y titubeé, haciendo al final un garabato, por lo que los chicos se rieron.

—Sal a ayudarle —dijo doña Josefina dirigiéndose a Leticia.

Leticia se levantó y, saliendo a la pizarra, dibujó con sus dulces manos tres equis. Me pareció extraño, debía de ser que no me había enterado de nada de lo que había explicado doña Josefina.

—Muy bien, Leticia, y tú, Pepito, aprende de ella —volvió a decir mi maestra.

CAPÍTULO X

Fin de mi aventura

De vuelta a casa, me fui parando en todos los escaparates que pillé al paso; el suelo estaba lleno de hojas.

«¡Ya estamos en otoño!», pensé, al tiempo que me agaché para coger una hoja de color dorado, con el fin de meterla entre las páginas de mi libro.

Pronto, Leticia me salió al paso, por lo que seguimos el trayecto juntos.

—¡Qué bien! —exclamó Leticia—, hoy es viernes, ¿vas a hacer algo este fin de semana?

—No he pensado en nada.

—Si quieres, podemos ir el domingo a dar un paseo por la mañana.

Yo tenía ganas de quedarme leyendo el libro de *El país de las hadas* en casa, pero no podía perder la oportunidad de salir con Leticia a pasear.

—Bueno —le dije cortadamente.

La verdad es que Leticia me gusta un montón y cada vez que me mira con sus ojos grises me pongo colorado y hasta titubeo al hablar.

La acompañé hasta la puerta de su casa y, despidiéndome de ella, quedamos en vernos por la tarde.

Cuando llegué a casa, mamá estaba terminando la comida.

—Hoy, lentejas —me dijo cuando entré en la cocina.

Las lentejas no me gustan mucho, que digamos, pero con tal de no oír a mamá, prefiero comerme las.

Comí rápido y me dirigí a la habitación a seguir leyendo hasta la hora del cole.

Tuvimos un viaje sin muchas novedades, salvo alguna que otra tormenta; al final, divisé un gran faro.

—¡Ya estamos, hemos llegado! —dije.

Nadie nos esperaba; claro, a mamá y a Alicia las dejé en aquella isla.

Bajamos del barco Juan, mi padre y yo. Rufo también nos acompañaba y nos dirigimos a casa.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
CAPÍTULO I. Presentación a mis lectores	11
CAPÍTULO II. ¡Vaya nohecita!	19
CAPÍTULO III. Examen de matemáticas.....	23
CAPÍTULO IV. Hoy, fiesta	35
CAPÍTULO V. Al fin, premio.....	39
CAPÍTULO VI. Al fin, domingo	45
CAPÍTULO VII. Llegada a la isla.....	55
CAPÍTULO VIII. Salida de la isla.....	59
CAPÍTULO IX. De nuevo embarcamos	65
CAPÍTULO X. Fin de mi aventura	81

